

Mariátegui y su Destino Intemporal

por Sebastián Salazar Bondy

Ha sido recordado un aniversario más de la desaparición de José Carlos Mariátegui. Conforme pasan los años, el nombre de este pensador se constituye en símbolo de la más desinteresada y amorosa preocupación por el Perú como empresa humana en pos de la dicha colectiva, meta a cuya conquista no todos, como se debiera, ponen el íntegro de sus esfuerzos, su inteligencia y su fe en sí y en los demás. Se puede diferir de la doctrina a la cual adhirió en la madurez con pasión que nunca deformó su disponibilidad al debate ideológico alto y respetuoso, es decir, democrático en el mejor sentido del vocablo, pero hay que reconocer en él —y todo empeño por soslayar este aspecto de su personalidad es mezquino y cobarde— al genial espíritu para el cual el destino de la patria superaba cualquier otro incentivo de la meditación y la conducta. Pudo ser sólo, y brillantemente, el croniqueur de pluma fácil, desenvuelta, aguda y grata al lector, tal como fue durante sus inicios en las páginas de este diario, en donde su capacidad lo llevó de la tarea mínima a la columna de redactor, pero lo llamaba, desde dentro, una misión menos superflua y contingente. Aceptó esa profunda apelación, lo cual quiere decir, en pocas palabras, que se reconoció a sí mismo en su auténtico objetivo. No hubo en su palabra, aun en la polémica comprometedora, odio de ninguna especie. ¿Y quién osará negar que la ausencia de rencor significa afirmación, voluntad constructiva, confianza total en la posibilidad fraternal de los hombres con los hombres?.

No es difícil advertir en la aspiración de todo revolucionario, conforme se ha dicho admirablemente alguna vez, un afán de restauración del edén perdido. En cierta superior especie de conductores e ideólogos se distingue, como fondo original del afán renovador, el sueño del estado ideal que parece haber habido en el albor de la historia humana. Paraíso de i-

gualdad, de solidaridad, de felicidad, dicha imagen de tan extraña memoria mueve a esos pocos hombres puros a rechazar la injusticia del presente invitándose e invitando a todos a buscar la tierra antigua de la cual la humanidad alguna vez



Mariátegui

fuera arrojada. Cierta o no, la remembranza opera como sueño del porvenir y mueve, por medio del amor, la mente y el músculo. El instrumento del impulso que conmina al reformador es, por supuesto, una doctrina, un sistema de ideas, un esquema racional fundado en principios fidedignos, los que constituyen su bandera visible. Su verdadero símbolo es, sin embargo, un sentimiento que afiora la perfección y que intenta restablecer, saciando el hambre, enriqueciendo el alma, ennobleciendo el trabajo, recuperando la alegría, entre los que padecen miseria, incultura, esclavitud y tristeza, un mundo de amor. Mariátegui perteneció a esta estirpe excepcional de maestros en la vida y en los libros. No hay por qué confundir su filiación externa con esa más entrañable filiación que lo hace ya, con tantos otros de ayer y hoy, tutela eterna de la pasión jamás depuesta por una sociedad sin criminales y sin víctimas.

No se pretende aquí, entiéndase bien, hurtarlo a su compromiso político. Se quiere, na-

da más ni nada menos, que reivindicarlo para todos los peruanos, aun para aquellos que no comparten su modo de encarar y resolver la realidad peruana y sus problemas. Se tiene que reconocer que hay un Mariátegui que está por encima de su circunstancia, como hay en todos los videntes una instancia universal que los impone, en prodigiosa exaltación, por sobre el tiempo, el espacio y cualesquier otra limitación mortal. Los ejemplos son varios y no vale la pena citarlos. Ellos proclaman que la historia la escriben, con sus actos y sus pensamientos, unos cuantos. Y tales no son, en verdad, los que en la conducta o en el discurso excluyen o condenan. Hay un diálogo permanente y cordial entre esos hombres culminantes y la multitud que circula, siglo tras siglo, por sobre la redondez del globo. Mariátegui habla ahora con nosotros, hablará mañana con nuestros hijos, seguirá hablando cuando los huesos de nosotros y ellos formen parte de la tierra que se pisa y trabaja. Su presencia no es provisional como la nuestra, como la de los individuos que no supimos —o no pudimos— alzar el vuelo sobre la minucia, la servidumbre a la hora inmediata, la sujeción a la pequeña incógnita de nuestro existir individual. La seguridad de que José Carlos Mariátegui y su fe en el Perú serán rescatados del tejido cerrado del día que pasa vertiginoso, convierte su homenaje de hoy en un reconocimiento a su ejemplar sacrificio: haber sido de todos antes de ser para sí mismo.

18/4/59